

Bibliografía

LA SOCIOLOGÍA, HOY

T. Bottomore, S. Nowak, M. Sokolowska (eds.), *Sociology — The State of the Art*, Sage Publications, Londres, 1982, 378 páginas.

Para colocar este libro en perspectiva es oportuno aludir a R. Nisbet. En su *Sociología como forma artística*, Nisbet resume los temas y las variaciones de la indagación sociológica en una revuelta firme contra el cientismo que, a su juicio, es una actitud desprovista de creatividad, de euforia intelectual y de sensibilidad estética. El propósito de este autor —que nos acaba de ofrecer su estupenda *Historia de la idea del progreso*¹— consiste en reconciliar la exploración de las formas sociales con un humanismo fundamental cuya cuna es el arte. Su empeño cristaliza al enumerar las preocupaciones cardinales de la sociología: la suerte del *individuo*, los límites del *orden*, el alcan-

ce de la *libertad* y el desencadenamiento del *cambio*. Cuatro motivos convergentes; el resto es exégesis.²

Este libro, auspiciado por la Asociación Internacional de Sociología y repartido en el turbulento X Congreso Mundial de Sociología que se efectuó en México en agosto de 1982, está lejos del espíritu de Nisbet. Esquemático, tecnicista y trivial, no es ni obra de arte ni superación acumulativa de los maestros de la sociología. Acaso porque debió respetar equilibrios geográficos y políticos, este escrito posee una ligereza temible que recuerda los documentos producidos por algunas burocracias internacionales. Lo salva un atributo: el inventario bibliográfico que aparece al final de cada capítulo. Gracias a este recuento el lector interesado podrá remediar el laconismo de los diferentes autores. Si se contenta con ellos, el lector tendrá sobre la sociología una visión pretérita, anterior sin duda a Marx, Weber y Simmel, a pesar de que estos gigantes son ritualmente citados. Se trata de un género de autismo social y sociológico que el libro disimula con un lenguaje pseudotécnico y con una dife-

1. R. Nisbet, *History of the Idea of Progress*, Basic Books, Nueva York, 1980.

2. R. Nisbet, *Sociology as An Art Form*, Oxford University Press, Londres, 1976.

renciación relativamente caprichosa de la disciplina. Es de lamentar que un investigador de la altura de Bottomore se haya comprometido en este apresurado e insustancial empeño.

Él mismo aparece en el umbral del texto. Advierte, por una parte, el carácter multidisciplinario de la sociología y, por otro, la renovada protesta contra el positivismo que acarrea una crisis epistemológica. El señalamiento del primer hecho tiene el valor de una mera constatación; Bottomore no explica cuáles son los factores intrínsecos y extrínsecos que han ocasionado la especialización del discurso sociológico y la necesidad consecuente de su empalme con otros campos. No intenta una sociología de la sociología. En cuanto a la sacudida epistemológica que entraña la ausencia de un paradigma global y de una acumulación ordenada, su visión es también limitada. Pretende subsanar esta deficiencia sugiriendo cuatro "orientaciones teóricas": la marxista, la marxista-weberiana, la dependencia, y la modernización (p. 29). Pero Bottomore soslaya el problema de la madurez desigual de cada una de estas orientaciones y el hecho, más sutil y complicado, de que los criterios de validez y falsificación de éstas no son por fuerza comunes. Siguiendo un modelo reminisciente de Marx y de Popper (cuyo divorcio es irreversible), Bottomore indica que la sociología reposa, en última instancia, en una metafísica, vale decir, en un conjunto de valores *a priori* que impregna a cualquier investigación. A su turno, el estudio empírico altera los valores. Movimiento pendular cuya explicación hay que buscar en otro lugar.

Himmelstrand, profesor de la Universidad de Uppsala, replantea el asunto de la propagación de innovaciones que, por cierto, interesó hondamente a los padres de la antropología moderna. Percibe que la modernización, como catapulta de empujadas y reformas dirigida contra los países periféricos, es airadamente resistida. Fals Borda hizo mucho para deslegitimar el término, aunque jamás ofreció un sustituto consistente. Himmelstrand decide renunciar a la "modernización" (p. 41), que incomoda a segmentos irritables de la comunidad sociológica, pero no renuncia a su contenido. Observa que la diferenciación estructural inherente al tránsito moderno está lejos de ser impugnada por los países socialistas; es en el capitalismo periférico donde se produce la resistencia, acaso como parte de una protesta global contra el estancamiento.

El estudio de las innovaciones lo conduce a forjar estrategias que induzcan el cambio. Aquí surgen de nuevo las objeciones. Las transformaciones deliberadas que se ajustan al esquema de Kurt Lewin no son aceptadas por intelectuales de los países pobres. En éstos se aspira a una conscientización global, a una mudanza simultánea de todas las variables mediante la participación audible de las masas (p. 45). ¿Pero, quiénes serán los actores y líderes de esta importante y necesaria transformación? Claramente, los sociólogos consagrados no se jugarán; el consumismo los ha devorado. Precisamente ésta es la reclamación (¿o reproche?) que Touraine le hace a Fals Borda (p. 47). Esta incompatibilidad entre conducta e ideología, entre praxis y estilo de vida, involucra cuestiones de índole metodológica y moral. Después de todo, la *praxis* es un principio no sólo epistemológico; es un imperativo existencial.

Para esquivar agresividades, Himmelstrand se limita a postular diplomáticamente que el auspicio de cambios globales es *discourse-oriented* y que padece de una insuficiencia teórica (p.

51). Luego de este signo de cortesía, Himmelstrand propone una gráfica interesante (p. 55) enfilada a explicar y a producir la mutación cultural. No profundiza en las preguntas que plantea; se contenta con alusiones breves a Marx y a Lévi Strauss. Incluso una cuestión provocativa —si la racionalidad de cada individuo desemboca en la racionalidad agregada— queda sin respuesta (p. 61). Himmelstrand subestima el juego entre el mito y la razón que preside a la sociedad moderna y que genera un "re-encantamiento" que se opone a las previsiones de Weber.

Schweitzer concibe a la alienación como un campo sociológico autónomo (p. 67). A su parecer, marxistas y no marxistas están en el curso de aceptar este hecho. El deslinde de Adam Schaff entre alienación objetiva y subjetiva prepara el terreno para sugerir la universalidad del fenómeno. El socialismo no puede materializar la aspiración de Marx; las criaturas, en todos los regímenes, se sienten ajenas a los bienes que producen. Habría una "quiebra ontológica" en toda estructura social que acentúa la ansiedad existencial (p. 77). Sin embargo, Schweitzer olvida que los movimientos totalitarios han encontrado medios, al menos durante un apreciable lapso, para enmendar esta quiebra. Ya sea personalizando abstracciones ("La Patria", "El Desarrollo", "La Raza"), ya sea despersonalizando enemigos ("El Burgués", "La Oligarquía") estos movimientos pudieron contener a la alienación, ofreciendo un significado importante aunque espurio a sus miembros. Schweitzer se remite a esclarecer términos y vivencias (p. 81) sobre tópicos que el Libro de Job ha abordado con precisión. Su logro importante es preguntar cómo "el intercambio desigual" se vincula con la alienación, a pesar de que coincide con Schaff en que el desecamiento de las fuentes de explotación no resuelve necesariamente la soledad del hombre moderno (p. 87).

El repaso a la sociología de la religión es relativamente original. Fenn, su autor, puntualiza que la interpretación funcionalista de la sacralidad presenta limitaciones, mas no precisa la índole de éstas. La demarcación entre mito y realidad, que Durkheim formalizó en su momento, se reitera aquí como un fenómeno novedoso. Lo sería, en verdad, si Fenn hubiera acudido a Sorel o a Mosse, quienes identificaron con acierto las transfiguraciones de los mitos en movimientos seculares. Subraya, sin embargo, un problema excitante: el ascenso de los ritos como práctica social dominante implica una fractura ontológica, de suerte que la distancia entre fantasía y realidad es más corta de lo que ordinariamente se piensa (p. 103). En términos más explícitos, este señalamiento equivale a preguntar si es posible avenir la glorificación de las pasiones fundamentalistas (como el nazismo y el jomeinismo) con la regencia del Estado moderno. Fenn observa, por otra parte, que el mensaje religioso es intrínsecamente incomprensible para quienes no simpatizan ni "empatizan" con él. La afirmación parece correcta no sólo en los asuntos religiosos. Cabe recordar que ni Weber ni Freud poseyeron inclinación personal a lo sagrado; sin embargo, entendieron el papel social de las religiones.

Fenn toca otro tema: el papel del profeta (p. 117). A su juicio, este personaje desempeña una función mediadora entre el individuo y la estructura social, *estabilizando* a uno y a la otra. En la perspectiva europea, esta visión no carece de bases, al menos en algunos periodos. No es así en la América Latina de los setenta (como en los últimos años de Perón), donde las instituciones que "administran la sacralidad" (la Iglesia católica, por

ejemplo) adoptan un papel efervescente, que suscita desajustes progresistas entre individuo y estructura.

En suma, la sociología de la religión se concentra en el mito, tanto en el espacio profano como en el sagrado. Podría añadirse que el ensayo de Fenn demuestra, en palabras de Sartre, que "Dios ha muerto pero su cadáver está con nosotros". Sin embargo se trata de un cadáver vivaz que rehúsa aceptar un destino soterrado; se levanta de diversas maneras.

Harries Hankin aborda una materia actual: el peso de las instituciones militares. Distingue cinco géneros: el soldado elitista, el profesional, el ordinario (*common*), el ciudadano, y el del Tercer Mundo (p. 129). No ahonda, sin embargo, en este deslinde. ¿Cuáles son los atributos de cada uno? ¿Qué papel asumen en contextos sociales diferentes? ¿Cómo brotan en el "fascismo" de Estado o en los estados subordinados? No hay respuesta. El autor sólo subraya que en todas partes se advierte una militarización de la sociedad con estilos desiguales, y en lo fundamental sigue la línea de Huntington y de Janowitz. El militar es un "administrador de la violencia". Cuando el Estado no puede ejercerla legítima y eficientemente, el soldado conquista la administración pública.

Harries Hankin desprecia así la ocasión para adelantar en un tema fascinante. ¿Cómo se conquista un Estado? ¿De qué depende la capacidad de reacción de la sociedad civil? ¿Existe una tipología del *putsch*? No sigue este rumbo. Peor aún, parece ignorar el texto clásico de Malaparte sobre las técnicas del golpe de estado. Sin esta referencia, la sociología de los militares apenas puede avanzar. A pesar de estas deficiencias, Harries Hankin tiene el mérito de cuestionar el enfoque modernizante (p. 139): el militar tiene una cultura macroeconómica limitada, no es el segmento menos corrupto de la sociedad (como postula ese enfoque), ni se exime de mitos nativistas ni es la vanguardia de un nacionalismo genuino. Ciertamente, cuando se produce un vacío de poder, los militares pueden tomar un papel socialmente útil, al menos en el corto plazo. A la larga destruyen a la sociedad civil e imprimen a la represión una dinámica propia.

El capítulo que toca a la economía y a la sociedad contiene objeciones fundadas en torno a las versiones vulgares de la modernización. Las variables exógenas, formuladas por Marx, Luxemburgo y Hilferding y reinventadas por algunas corrientes de la dependencia, ya no pueden ser ignoradas. La autonomía de las naciones —sujetos clave de la modernización— tiene límites creados por los circuitos de la internacionalización. Los aportes de la CEPAL y de la escuela neomarxista francesa (p. 152) se utilizan con el fin de invalidar premisas que preconizan ingenuamente una diferenciación estructural con conflictos controlados. A menudo, tal diferenciación no se produce y los conflictos se salen de madre. Hay muchos ejemplos de ello en el Tercer Mundo. Los autores de esta sección (Makler, Sales y Smelser) proponen un inventario de los temas que aluden a la economía y a la sociedad: la movilización de las clases; los nexos entre Estado y gestión económica; la internacionalización de los sistemas nacionales, y los indicadores de todos estos procesos. Concisamente se refieren a las escuelas que han lanzado hipótesis en cada materia. El análisis es interesante, pero restringido. Por ejemplo, los autores no se preguntan si en un contexto de internacionalización oligopólica hay que cuestionar la soberanía nacionalista de los consumidores como

el concepto de ventajas comparativas. Como se sabe, ambas premisas tuvieron raíz en el Estado-nación que hoy está en entredicho.

Otros capítulos de este libro se refieren a las migraciones, a las minorías, a los sistemas educativos, a la medicina, al trabajo, y al ocio. Dejo a comentaristas más competentes la evaluación de estos exámenes. Me detendré, por último, en la sección que aborda la historia de la sociología.

Su autor es J. Szacki, profesor de la Universidad de Varsovia. Éste sorprende desde el principio citando a Schumpeter y a Znaniecki, quienes no comulgaron precisamente con la doctrina marxista. Continúa con un recuento excelente de las funciones explícitas y latentes de la historia de esta disciplina: robuscece la identidad profesional; delimita campos de estudio; reconstruye encadenamientos de ideas; articula balances sobre el saber sociológico; ordena tipologías y, en fin, utiliza tesis y hallazgos del pasado con el fin de iluminar y criticar al presente (pp. 361-362). En las páginas postreras del trabajo, Szacki recuerda a Nisbet, autor de *La tradición sociológica* (1966), quien recoge los hilos cardinales de la indagación sociológica: la colectividad, el poder, el prestigio, la sacralidad y la alienación.

Esta obra, auspiciada por la Asociación Internacional de Sociología, tiene un carácter francamente introductorio. Inicia al lego o al interesado en las ciencias sociales en algún nuevo campo. Más aún, suministra la materia prima para productos relativamente complicados; los recuentos bibliográficos que rematan cada capítulo son extremadamente útiles. Sin embargo, el especialista que pretende navegar en aguas profundas toca tierra rápidamente. □

Joseph Hodara

SOBRE LA CRÍTICA AL MARXISMO VULGAR, ACIERTOS Y ERRORES

Estela Arredondo, Gabriel Díaz, Julio Páez, Martha Singer, Francisco Valdés y Juan Enrique Vega, *Sociedad, política y Estado*, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, 1982, 206 páginas.

Las críticas de los portavoces de la ideología dominante al marxismo no eran totalmente infundadas. En efecto, el marxismo vulgar, aquel que se impuso con los esquemas reduccionistas y simplificadores de la Tercera Internacional, suponía un solo espacio de realidad, el económico, a partir del cual emanaban niveles epifenoménicos totalmente determinados y condicionados por éste. Los estudios del Estado, de la ideología, de la cultura quedaban cancelados, o su mención sólo tenía pertinencia y eficacia en la medida en que se pudiera demostrar que reflejaban las características esenciales de lo económico. De esta manera, lo económico se convertía en un *deus-ex-machina*. La sociedad capitalista, o mejor dicho, la economía capitalista sería autosuficiente, autorreproducible. De ahí derivó toda una concepción acerca de las clases sociales definidas exclusivamente por el lugar ocupado en la producción, y del Estado como instrumento de las clases dominantes y, por consiguiente, como puro aparato del ejercicio de la violencia física

que golpea a las clases trabajadoras de acuerdo a las necesidades inmediatas del capital.

Sociedad, política y Estado tiene el mérito de plantear un estudio en que la totalidad social capitalista no aparece como el reino absoluto de leyes económicas que se definen, construyen y modifican por sí solas. Este enfoque no es novedoso en el marxismo contemporáneo: desde la fundación de la escuela estructural-funcionalista, a pesar de sus intentos infructuosos, se había hecho hincapié en la necesidad de comprender que las superestructuras sociales no son meras fotografías ideológicas de la estructura económica. Sin embargo, lo que sí es novedoso es que interrogantes de esta índole se formulen en México, ya que en ocasiones hemos quedado a la zaga del quehacer teórico con respecto a los centros académicos de los países europeos.

Otro elemento que, por lo menos a nosotros, ha causado sorpresa, consiste en que este trabajo haya sido emprendido por el CIDE, del que hasta ahora conocíamos valiosas investigaciones sobre aspectos concretos del desarrollo económico y social latinoamericano, mas no sobre problemáticas metodológicas o teórico-abstractas.

El texto que reseñamos se compone de seis artículos escritos por distintos autores,¹ todos ellos preocupados por la relación existente entre política y economía, política y sociedad, Estado y política.

El intento por descartar del análisis los esquemas reduccionistas a los que aludimos obligó a estos investigadores a formular la articulación de los diferentes niveles sociales, articulación planteada a través del concepto de totalidad social, sin por ello agruparlos bajo la rúbrica de un todo indiferenciado ni de atomizarlos como si se tratara de entes autónomos e inconexos.

En este sentido, el ensayo de Juan E. Vega se nos revela muy fecundo porque además rescata de la obra de Marx los conceptos de base y superestructura y su relación. Marx menciona estos últimos en el famoso "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Este texto y sobre todo el párrafo "la base real sobre la cual se levanta la superestructura jurídica y política" ha sido frecuentemente utilizado para justificar el economicismo en la teoría y práctica investigativas. Señala Vega al respecto: "Una interpretación estrecha y aislada de este párrafo ha sido la causa de numerosas reducciones no sólo del pensamiento de Marx sino —lo que es más grave— de la realidad" (p. 20). No se trata únicamente de reafirmar el "verdadero" discurso marxista contenido en el "Prólogo", sino de demostrar, estudiando otras obras de Marx o de marxistas, que la relación base-superestructura en nada implica una visión de una economía burguesa que se reflejaría en los espejos de la ideología, del Estado, etc. Más aún, llega a criticar la concepción de la ideología presente en *La ideología alemana* de Marx y Engels (las representaciones, el conocimiento, las ideas como aprehensión invertida de una pretendida realidad transparente),

1. Éstos son, por orden de aparición: "Notas sobre el estudio del Estado", por Juan E. Vega; "Sociedad, política y cultura", por Gabriel Díaz; "Notas para una caracterización de lo político", por Martha Singer; "Derecho, Estado y economía", por Julio Páez; "Notas sobre las relaciones entre ideología y política", por Francisco Valdés, y "Estado y crisis sociales", por Estela Arredondo.

así como a subrayar que no hay sólo producción material y por consiguiente sólo relaciones materiales entre los hombres, sino también y simultáneamente producción de ideas.

El elemento articulador de todos los hechos sociales se plantea en un breve, demasiado breve, análisis del fetichismo de la mercancía: "Este planteamiento permite entender lo ideal no como una consecuencia de factores no ideales sino como un aspecto básico de la vida social bajo el capitalismo, y la relación entre base y superestructura como un vínculo entre diferentes modos de la conciencia misma" (p. 41). En este momento y sólo en éste, es decir, una vez definido el elemento articulador que da sentido y explica por qué los hechos sociales aparentan, por lo menos en el capitalismo, ser a-sociales, es posible construir una teoría de la totalidad que dé cuenta *simultáneamente* de la especificidad de cada uno de ellos: "Es posible y necesario *estudiar* separadamente los sectores sólo a partir del momento en que se cuente con categorías adecuadas para pensar históricamente las relaciones entre estos aspectos" (p. 40).

Todos los ensayos posteriores reposan metodológicamente sobre las principales tesis del de Juan E. Vega, aunque recreadas para objetos más específicos del análisis. Es el caso del artículo de Gabriel Díaz, en el estudio de la relación entre totalidad social capitalista y cultura, denotando la especificidad de esta última. En la problemática cultural se introduce necesariamente la cuestión de la hegemonía y del consenso, ingredientes indispensables en la constitución del Estado capitalista; ello implica reconocer y distinguir la particularidad asumida por la lucha de clases en el terreno de la cultura. La ideología, la visión del mundo dominante no se extiende homogéneamente sobre todas las clases dominadas sino por medio de registros culturales diferentes. Por un lado, no hay adecuación mecánica del mundo de las representaciones al de los intereses del capital ni, por otro, dominación absoluta de una visión del mundo corporativa sobre las otras, "La participación de los grupos subalternos en el proyecto dominante [...] quiere decir que el grupo dominante presenta su espacio de realización intelectual y sus consecuencias en la elaboración cultural como la única posibilidad de proyecto social" (p. 75).

Asimismo, el artículo de Martha Singer insiste en el rechazo a fundir en una amalgama indiferenciada lo político y la totalidad.

Sin embargo, donde muestran mayor interés las premisas metodológicas comunes a los seis autores es en el texto de Francisco Valdés, porque en él se esboza un intento por construir una teoría del Estado y de la política que autoriza a su vez planteamientos más ligados a uno de los objetivos del libro en su conjunto: la construcción de "un discurso democrático que active los proyectos populares". En este contexto cobran importancia las puntualizaciones del autor acerca del poder y de las relaciones sociales: "El poder queda postulado, en principio, como dimensión interna del *conjunto* de las relaciones sociales, tanto de las directamente vinculadas con el proceso fundamental que define la lucha de clases, como de aquellas que —sin derivar de las primeras— no pueden ser explicadas exhaustivamente por las leyes que rigen a estas últimas" (p. 149).

En efecto, el desarrollo de la relación capitalista no implica la inexorable desaparición de todas las formas de existencia no

ligadas a relaciones salariales, ni la reducción de toda lucha a una lucha en la producción que enfrentaría siempre a capital y trabajo. Si bien el modelo de fábrica imprime las modalidades de la organización social, en este terreno tampoco hay determinismos. Este elemento introduce la cuestión de los movimientos sociales (movimientos feministas, de jubilados, etc.) y de su estatuto frente a la lucha de clases: “No obstante, si existe una ‘sobredeterminación’ de toda lucha por la lucha de clases es necesario, además de explicarla específicamente, poner de manifiesto en qué consiste dicha ‘sobredeterminación’” (p. 150).

El acento puesto en la configuración de la estructura social capitalista no sólo tiene un interés teórico de rigor conceptual sino que se extiende a las estrategias y discursos políticos. El discurso revolucionario no interpela únicamente al proletariado, en tanto objeto de explotación en la fábrica, sino también como sujeto político e ideológico (el discurso debe ser verdadero y verosímil): “El problema central para un discurso político que se pretende transformador es el de penetrar, a través de su verosimilitud, las condiciones sociales de recepción de los explotados para combatir y desplazar con enunciados contrarios a aquellos que, aun siendo verosímiles, son falsos y que constituyen al discurso dominante” (p. 164).

Completan el libro los textos de Julio Páez y de Estela Arredondo. Esta última se dedica esencialmente a hacer una “clasificación” de las diversas modalidades bajo las cuales puede presentarse una crisis: estatal, estatal general, situación revolucionaria o nacional general y, finalmente, orgánica. Independientemente de la pertinencia de elaborar un listado de formas de crisis, es preciso resaltar que la autora incurre, desde nuestro punto de vista, en varios errores, mismos que sólo mencionaremos, aunque cada uno de ellos ameritaría un debate.

En primer lugar, hay una identificación de dos términos cuya simultaneidad no es tan mecánica —crisis y conflictividad social—. En segundo término, la burocracia se caracterizaría por poder “adquirir conocimientos de la totalidad social (desde el punto de vista de la ganancia), que la burguesía es incapaz de tener por su condición fraccionada” (p. 178). Si la burocracia tuviera tales virtudes el Estado sería efectivamente la protección contra la caída de la tasa de ganancia. La crisis actual demuestra que, a pesar de los esfuerzos estatales desplegados para evitar tal decremento, éstos son infructuosos porque, justamente, los mismos mecanismos que provocan la caída de la tasa de ganancia determinan la crisis del Estado como factor contrarrestante a la tendencia a la caída de la cuota de ganancia. Por último, es de dudosa validez la delimitación asignada por la autora a las áreas productivas asumidas por el Estado y por el sector privado (pp. 179-180). No hay ninguna ley política o económica que permita aseverar que el Estado sólo participa en actividades materiales no lucrativas. Los conflictos entre las tecnocracias latinoamericanas y el capital nacional o extranjero son testimonio de ello.

El ensayo redactado por Julio Páez nos parece que da pie a múltiples errores que es preciso aclarar. Más aún, el horizonte epistemológico común a los autores parece no estar integrado al enfoque de J. Páez.

En primer término, hay una ausencia bibliográfica de importancia. Nos referimos al escrito de Evgeny Pashukanis, *Teoría*

general del derecho y el marxismo, que, a pesar de lo lejano de su fecha de publicación —1929—, conserva vigencia. Enfatizamos este “hueco” porque Pashukanis planteó tesis relativas a la relación entre el Estado y el derecho que todavía no han sido superadas o completadas. Su insistencia en la estrecha imbricación entre el derecho y un mundo donde se ha generalizado el intercambio —y donde, por consiguiente, las relaciones aparecen como voluntarias al ser contractuales—, nos hacen afirmar que se trata de un texto de referencia obligada.

En segundo lugar, Páez no llega a demostrar cómo son las propias estructuras objetivas del Estado capitalista las que implican una práctica de clase. Sobre este punto, el aporte de Pashukanis es relevante: la forma-Estado es inseparable de su contenido de clase. El análisis de la forma no supone desentrañar la esencia oculta del fenómeno (la forma-Estado, por ejemplo), sino la explicación de por qué una práctica clasista reviste una forma determinada y no otra cualquiera, la cual no es menos real que su contenido. En ese sentido, el ensayo de Páez cae en ocasiones en una concepción del Estado como trampa burguesa: “El Estado [...] emerge a través de su fetichización como ‘un Estado de todos’, en la realidad —parafraseando a Claus Offe— tiene una complicidad estructural con la clase burguesa” (pp. 115-116, subrayado nuestro). Igualmente, la explicación del contenido clasista del Estado llega a ser, independientemente del lenguaje metafórico, de un subjetivismo total: “Esta selectividad suele expresarse en una exacerbada ‘agudeza auditiva’ para oír los reclamos capitalistas y, como contrapartida, en una escasa ‘receptividad auditiva’ [...] a las peticiones de los explotados” (p. 115).

Por último, las anteriores observaciones completan un cuadro teórico utilizado por el autor que no llega a deslindarse del instrumentalismo político. Es el caso de la interpretación del binomio gramsciano coerción-consenso, que hace suponer a Julio Páez que lo cultural es funcional al dominio de clase y desmantelable a discreción de la burguesía (p. 130).

Este libro no está concluido; forma la primera parte de un proyecto de investigación sobre América Latina. Si sus autores logran recuperar en el análisis concreto el marco teórico previamente desarrollado, el esfuerzo realizado para elaborar este texto habrá sido totalmente justificado. Estaremos atentos a los avances de dicha investigación. □

Enrique Rajchenberg

DE LA COATLICUE AL ÁTOMO

Gordon Schendel, *La medicina en México. De la herbolaria azteca a la medicina nuclear*, Instituto Mexicano del Seguro Social, México, 1980, 401 páginas.

En uno de los pasajes de *Alicia en el país de las maravillas*, la heroína pregunta al gato de Cheshire cuál camino debe tomar y éste responde que todo depende de lo que quiera lograr. Es evidente que Gordon Schendel —escritor y periodista esta-

dounidense— supo seguir el consejo del felino para lograr su meta. Sin embargo, antes hubo de recorrer los vericuetos y caminos que le brindaron las numerosas fuentes de información, antiguas y modernas, escritas y orales, que le allanaron su tarea.

Escrito en inglés en la versión original (la traducción es de Héctor Libertella), el libro posee elementos característicos de las obras dirigidas a un público de habla inglesa, acostumbrado al estilo periodístico. Empero, dichos ingredientes, lejos de perjudicarla, prestan a la obra cierta ligereza que capacita al lector a llegar a la última página sin sentirse aburrido con aquellos aspectos comentados en todo libro acerca de la historia de México. Precisamente por dirigirse al público estadounidense, el autor introduce entre las tres partes en que se divide el texto una breve relación acerca de los sucesos políticos de México.

En la primera de esas tres partes, "La medicina azteca", Schendel describe las características de la sociedad mexicana, cuyos conocimientos acerca de la higiene y la medicina dejaron pasmados a los colonizadores españoles del siglo XVI. Aunque hoy parezca increíble, hubo un tiempo en el cual Tenochtitlan era la ciudad más limpia del Nuevo Mundo, en donde la región sí era la más transparente del aire.

En 1519, Cortés y sus acompañantes se asombraron ante los sistemas de salud y las leyes dirigidas a promover la higiene adoptadas por los aztecas. Por ese tiempo, las plagas y pestes hacían su agosto en las sucias y ya viejas ciudades europeas. Nadie podía beber el agua turbia de los ríos, por lo cual a los niños se les destetaba con vino o cerveza. En cambio, la resplandeciente Tenochtitlan contaba con sistemas para transportar el agua que habrían provocado la envidia del resto del mundo. El agua pura manaba desde los manantiales del cerro de Chapultepec hasta los palacios para el uso de toda la ciudad. En cambio, la de los ríos europeos transportaba las inmundicias de las ciudades, en cuyas calles también llovían los desperdicios desde las ventanas de las casas. En Tenochtitlan, numerosas cuadrillas de trabajadores recolectaban la basura que se utilizaba como fertilizante para la tierra. En ese entonces, México estaba libre de las plagas que asolaban a Europa, entre otras causas porque nuestros ancestros aztecas eran limpios en exceso. No sólo acostumbraban el baño diario, sino el de vapor, en el *temazcal*. Cepillaban la dentadura con cenizas de madera y miel. En la atención a las parturientas se extremaba la limpieza, bañándolas antes y después de nacer la criatura; el autor supone que, por tal motivo, las mujeres aztecas no debieron morir, como las europeas, de fiebre puerperal.

Los primeros europeos que llegaron a México enviaban a sus países informes asombrosos acerca de la herbolaria azteca. En la biblioteca del Vaticano se conserva el *Manuscrito de Badiano*, escrito en náhuatl por un médico indígena y traducido, más tarde, por otro médico indígena al español. Otro tratado, que data de 1567, incluye anatomía, medicina, farmacología y cirugía, tal como eran practicadas por los aztecas. Además, en la *Historia de las plantas de la Nueva España*, Francisco Hernández describe tres mil especies, en su mayoría utilizadas con fines medicinales por los aztecas. Entre éstos había dos clases de médicos: los *tepati*, quienes disponían de jardines botánicos con arbustos, yerbas, raíces y flores, y los *ticitl* o brujos que utiliza-

ban, además de vegetales, amuletos, hipnosis y "poderes sobrenaturales".

En la medicina azteca había internistas, cirujanos, parteros y pediatras, ginecólogos, farmacéuticos y dentistas; estos últimos eran capaces de realizar extracciones indoloras con la sola aplicación de un líquido que ablandaba la encía, procedimiento que, según pudo comprobar el autor, aún se estila en algunas regiones de la república.

Además, curaban con gran destreza las desgarraduras de los labios y de otras partes del cuerpo, al coserlas con cabello humano, y después aplicaban una pasta de sal y miel. Reparaban las fracturas óseas con un yeso elaborado con caucho de ocozótli, plumas y resinas. Eran diestros en la trepanación, usada en casos de locura o epilepsia (puesto que creían que a través de un orificio saldrían los malos espíritus que moraban en el cráneo). Practicaban, asimismo, una rigurosa higiene sexual, incluso la circuncisión, desterrada por los españoles por condenarla la Iglesia católica.

Además de la herbolaria, los aztecas acudían al poder de las piedras mágicas, tales como el jade, la sanguinaria y el ópalo, lo cual nos recuerda que hace algún tiempo *The New York Times* anunciaba la venta de ópalos mexicanos, a precios exorbitantes, con la recomendación de que se frotaran con la palma de la mano para recibir sus influencias benéficas.

Los aztecas desterraban la amibiasis con numerosas yerbas y frutos, tales como la papaya; la constipación, con la corteza de guayabo; los males gastrointestinales, con raíz de ipecacuana; el asma, con humo de copal y estramonio; la neumonía, con cataplasmas de *chilmecatli*. Aliviaban las laringitis e infecciones bronquiales con *guamochitl* y humo de estramonio. Sabían cómo vencer la tuberculosis; para la fiebre seguían tratamientos semejantes a los actuales, pues al enfermo le administraban agua de hojas de sauce (que despiden una sustancia semejante a la aspirina) y lo bañaban, friccionándolo con lociones refrescantes. Conocían numerosos remedios para las dermatosis, que curaban a base de yerbas y resinas. Las quemaduras las trataban con pasta de huevo, miel y jugo de tuna; las úlceras, con corteza de guayabo. Los males cardíacos, con la flor del corazón, o *yolo-xóchitl*, cuyas propiedades semejan a las de la digitalina.

En cuanto a anestésicos, los aztecas les llevaban la delantera a todos los europeos. La *yoyotli* apaciguaba a las víctimas antes de los sacrificios; conocían numerosos vegetales narcóticos, tales como hyosciamina, scopolamina, solandrina, atropina, marihuana, mezcalina, *cochitzapotl* y muchos más. Así pues, la sabiduría de la medicina azteca ocupaba cientos de códices y amates cuya destrucción se debe a algunos de los religiosos que acompañaban a los conquistadores. Por ejemplo, fray Juan de Zumárraga arrojó a la hoguera toda la biblioteca de Texcoco, centro cultural de los aztecas.

En la parte central de la obra, "La medicina española en la Colonia", el autor narra cómo los canales de Tenochtitlan se convirtieron en resumideros de basura e inmundicias. Sin embargo, algunos virreyes se preocuparon por devolver a la ciudad

parte de la limpieza que la caracterizaba. Asimismo, importantes médicos aztecas colaboraron con los españoles a fin de rescatar los conocimientos de sus antepasados. Comenzaron a exportarse las plantas y los remedios mexicanos a diversos países de Europa y, como parte de la reconstrucción de la ciudad, los conquistadores comenzaron a edificar hospitales; el primero fue el Hospital de Jesús, fundado entre 1521 y 1524. Le siguió el Hospital del Amor de Dios, fundado por fray Juan de Zumárraga, en donde hoy se levanta el Palacio de Bellas Artes, para atender a los sífilíticos, europeos en su mayoría. Para los indígenas se construyó el Hospital Real de San José de los Naturales; a los enfermos mentales se les atendía en el de San Hipólito, fundado en 1566 por fray Bernardino Álvarez.

Así, pues, en Nueva España se fundaron el primer hospital del continente americano, el primer leprosario, el primer asilo para enfermos mentales, la primera escuela de medicina en el hemisferio occidental, la primera universidad, el primer consejo para regular la práctica médica y se realizaron las primeras autopsias en toda América. Asimismo, en México se publicó, en 1570, el primer libro de medicina, de Francisco Bravo. El primer profesor de medicina fue Juan de la Fuente, de la Universidad de México, quien en 1577 ya había realizado estudios sobre el tifo; la primera revista médica de América, en fin, se editó en México gracias a José Ignacio Bartolache.

Todas las historias relatan que después de la conquista se desataron terribles epidemias en la ciudad de México. Lo que no se sabe, a ciencia cierta, es si entonces aparecieron en la antigua ciudad azteca la sífilis y la lepra. Según algunas voces autorizadas, como la del doctor Fernando Latapí (quien se adhiere al criterio de Ignacio Chávez), México recibió de Europa tanto la civilización como la "civilitación". Además, se sabe que la lepra era endémica en las provincias de donde provenían numerosos conquistadores; empero, no es posible saber con exactitud cuándo surgieron esos terribles males; en cambio, es plenamente aceptado que otras enfermedades como la viruela, el tifo, la gripe, la fiebre amarilla y el cólera fueron acarreadas por los europeos.

El autor describe una curiosa anécdota que podría llamarse "la cruzada de los niños". En el siglo XIX, cuando ya comenzaba a aplicarse en Europa la vacuna de Jenner contra la viruela, el doctor Francisco Javier Balmis, acompañado de varios médicos y funcionarios españoles, se embarcó para transportar la vacuna a todos los territorios ultramarinos de la Corona española. Viajaban 25 niños huérfanos, previamente vacunados, a quienes se les fue aplicando la vacuna, de dos en dos, para que llegara fresca a los puntos en donde arribaría la expedición. Al llegar a las islas Canarias, otros 25 niños remplazaron a los primeros, y en esta forma se conservó la linfa fresca hasta llegar a Puerto Rico, Venezuela y Veracruz, en donde el propio Virrey vacunó a su hijo menor para acallar la desconfianza que despertaba la vacuna entre la multitud, azorada por la novedad del procedimiento.

"La medicina en el México moderno", última parte, ocupa más de la mitad del grueso libro de Schendel. Acostumbrados como estamos a tener presente sólo aquello que *no ha logrado* la medicina social, pocas veces intentamos conocer los importantes avances alcanzados por los médicos mexicanos, quienes han sabido utilizar los servicios ultramodernos con que cuentan los hospitales, para investigar y erradicar innumerables males, muchos de ellos poco conocidos, que azotan a grandes masas de la población de nuestro país. El autor destaca la actividad, del todo ignorada para el grueso del público, de los cirujanos que devuelven la salud a los toreros, después de operaciones asombrosas. Algo que ignora la mayoría, asimismo, es que México es el primer país que dispone de un Banco de Huesos (extraídos de cadáveres) que ha permitido rehabilitar a numerosos accidentados en el país y en el extranjero. Y como esos, son muchos los ejemplos mencionados por Schendel que invitan al lector a equilibrar su juicio acerca de la atención en los hospitales de seguridad social.

Gordon Schendel nos muestra, con mayor entusiasmo, admiración y optimismo que otros autores, los grandes aciertos logrados por la medicina mexicana, desde los tiempos en que reinaba la Coatlicue, hasta la era del imperio atómico. □

Graciela Phillips

obras recibidas

Luis Javier Arellano Ramírez

Los aventureros de minas en Bolaños (una empresa británica, 1826-1844), Cuadernos de Divulgación, núm. 1, Universidad de Guadalajara, México, 1981, 23 páginas.

Banco de la República

Colombia. Reseña de su estructura económica, Departamento de Investigaciones Económicas, Bogotá, s.f., 91 páginas.

Celia Barbato de Silva

Política económica y tecnología. Un análisis de la ganadería vacuna uruguayaya, col. Estudios, núm. 2, Centro de Investigaciones Económicas-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981, 182 páginas.

Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, y Unión de Universidades de América Latina.

*Latinoamérica** (cuadernos de cultura latinoamericana)

TOMO III (1978)

21. José Vasconcelos, *El pensamiento latinoamericano*, 14 páginas.
22. Juan Marinello, *Las raíces antimperialistas de José Martí*, 17 páginas.
23. Francisco de Miranda, *Proclamación a los pueblos del continente colombiano*, 20 páginas.

* En el número anterior (octubre, 1982) se incluyeron los títulos de los tomos I y II. En números siguientes se incluirá el resto.

24. Abelardo Villegas, *Cultura y política en Latinoamérica*, 17 páginas.
25. Pedro Henriquez Ureña, *La utopía de América. La América española y su originalidad*, 18 páginas.
26. Rómulo Gallegos, *La libertad y la cultura*, 12 páginas.
27. Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América (conclusiones)*, 18 páginas.
28. Manuel Maldonado-Denis, *Martí y Fanon*, 22 páginas.
29. Manuel González Prada, *Nuestros indios*, 19 páginas.
30. Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, 35 páginas.

TOMO IV (1979)

31. John L. Phelan, *El origen de la idea de América*, 21 páginas.
32. José Gaos, *¿Filosofía "americana"?*, 17 páginas.
33. Ezequiel Martínez Estrada, *La literatura y la formación de la conciencia nacional*, 33 páginas.
34. José Carlos Mariátegui, *¿Existe un pensamiento hispanoamericano?*, 14 páginas.
35. João Cruz Costa, *El pensamiento brasileño*, 21 páginas.
36. Simón Rodríguez, *Defensa de Bolívar* (fragmento), 23 páginas.
37. María Elena Rodríguez de Magis, *Latinoamérica en la conciencia argentina*, 19 páginas.
38. Antonio Caso, *México y sus problemas*, 19 páginas.
39. Augusto Roa Bastos, *Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual*, 21 páginas.
40. Bernardo Monteagudo, *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos*, 14 páginas.

Carlos Garza F. y Emma P. Pérez

El módulo experimental de capitalización: una forma de canalizar recursos a los sectores de población explotados, Cuadernos del Centro de Servicio y Promoción Social, serie Promoción Social, núm. 2, Universidad Iberoamericana, México, 1982, 45 páginas.

Christian A. Girault

Le commerce du café en Haïti. Habitants, spéculateurs et exportateurs, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, s.f., 293 páginas.

Jorge Hernández

El manejo del instrumento tributario en la política ganadera: su regulación normativa en el período 1955-1981, Serie Estudios, núm. 16, Centro de Investigaciones Económicas, Montevideo, 1982, 199 páginas.

Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables

XXIII Serie de Mesas Redondas. Las universidades en la conservación de los recursos naturales de México (Tepic, Nayarit, 1-11 de diciembre de 1981), México, 1982, X + 217 páginas.

María Elena Landa Ábrego (resp.)

Proyecto Localización y Rescate de Archivos Religiosos y Civiles de la Sierra Norte de Puebla. Informe preliminar, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional de Puebla, México, 1979, 83 páginas.

Samuel Lichtensztejn y Mónica Baer

Políticas globales en el capitalismo: el Banco Mundial, col. Ensayos, núm. 4, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 1982, 158 páginas.

Hugo López C. (coord.)

La industria del mueble en el valle del Aburre. Materia prima, producción y comercialización, Centro de Investigaciones de la Universidad EAFIT y Corporación Financiera Popular, Medellín, 1981, 252 páginas.

Oficina de Comunicaciones de la Universidad del Tolima

Revista de la Universidad del Tolima, vol. 1, núm. 1, Ibaqué, Colombia, noviembre-diciembre de 1980, 181 páginas.

Oficina Internacional de Educación

Informe sobre la educación en México (XXXVIII Conferencia Internacional de Educación, Ginebra, noviembre de 1981), SEP, México, s.f., 165 páginas.

Francisco Orrego Vicuña y Jeannette Irigoien Barrenne (eds.)

Perspectivas del Derecho Internacional contemporáneo. Experiencias y visión de América Latina, 3 vols. (vol. 1: "Los complejos de obras públicas binacionales y multinacionales"; vol. 2: "La solución pacífica de controversias"; vol. 3: "Nuevas instituciones de integración en América Latina"), Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, Santiago, 1981, 109, 201 y 186 páginas.

Jaime Pontones S. y Pilar Charles C.

Condicionantes estructurales del desarrollo tecnológico, Cuadernos del Centro de Servicio y Promoción Social, serie Investigación, núm. 3, Universidad Iberoamericana, México, 1982, 35 páginas.

Martín Rama

Protección y crecimiento industrial, 1975-1980, col. Estudios, núm. 3, Centro de Investigaciones Económicas-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1982, 128 páginas.

Tirso W. Sáenz y Emilio García Capote

El colonialismo tecnológico y la lucha antimperialista en América Latina, Editorial Academia, La Habana, 1981, 67 páginas.

Secretaría de Pesca

La estrategia del desarrollo pesquero de México (objetivos, políticas e instrumentos), México, 1982, 195 páginas.

SPP-Asociación Mexicana de Presupuesto Público-Asociación Interamericana de Presupuesto Público-OEA

X Seminario Interamericano de Presupuesto. Memoria, México, 1981, 584 páginas.

Jorge Trujillo

Los oscuros designios de Dios y del imperio. El Instituto Lingüístico de Verano en el Ecuador, Centro de Investigaciones y Estudios Socio-Económicos, Quito, 1981, 138 páginas. □